

HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y VICISITUDES POSTERIORES

Por Juan Schobinger

a) El área arqueológica de Cafayate

Donde termina el valle de Santa María y comienza, en dirección al Norte, el Valle Calchaquí, en el Sudoeste de la provincia argentina de Salta, se halla la población de Cafayate. A unos 22 km. al Sudoeste se encuentra la extremidad septentrional de la Sierra del Cajón, dominada por el Nevado de Chuscha cuya altura es de 5468 m.s.n.m. (otras mediciones dan 5512 m.). Es una altura respetable si tenemos en cuenta que no nos hallamos en la alta Cordillera limítrofe con Chile, sino en una serranía lateral, paralela a las Cumbres Calchaquíes que se extienden al Este de la misma y que son a su vez la prolongación hacia el Norte de la Sierra de Aconquija, cuyas cumbres también sobrepasan los 5000 m.s.n.m.

Por el borde occidental de los valles citados pasaba el “camino real” de los Incas en la época de su dominación en estas regiones (1475-1535). A los grandes poblados de los indígenas locales (Diaguitas o Calchaquíes) se agregan las instalaciones incaicas cuyas ruinas pueden observarse en Fuerte Quemado, Quilmes y Punta de Balasto, entre otros. Esta región es bien conocida arqueológicamente; no así el alto valle que se ubica al Oeste de la Sierra del Cajón o de Quilmes, que en parte carece de caminos carreteros. Al iniciar este estudio obtuvimos referencias, apoyadas por fotos aéreas, de extensas ruinas ubicadas en varios sectores del mismo. El más notable es el de La Hoyada, en donde además de las líneas que delimitan recintos, habitaciones, corrales y campo de cultivo, se observan nítidamente largos rectángulos subdivididos en recintos también rectangulares adosados, en hilera simple y doble, en un caso formando un amplio semicírculo. Por comparación con otros sitios del área andina meridional, creemos que se trata de una instalación incaica, emplazada en un centro agrícola y probablemente también minero.¹

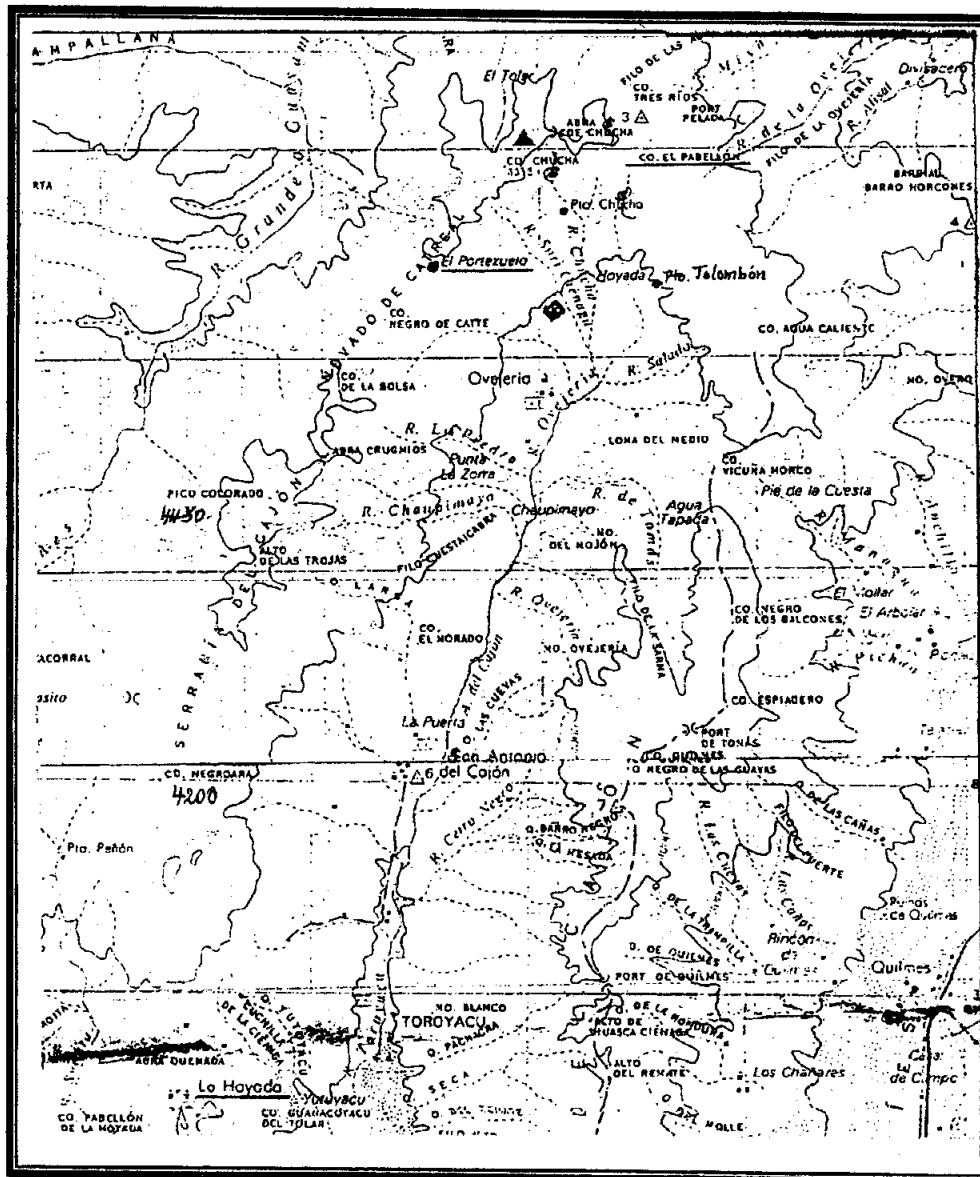
Lo dicho se ha confirmado con recientes trabajos de campo por parte de la Lic. María de Hoyos, quien presentó datos preliminares en el Congreso Nacional de

Arqueología Argentina de San Rafael de 1994, y otros posteriores. Una importante instalación incaica fue descubierta en la localidad de la Hoyada (sector "La Maravilla"), ubicada a unos 3000 m.. Asociados a la misma hay largos recintos rectangulares con subdivisiones, cuya finalidad aún no se ha podido determinar en forma indubitable. Toda la zona se considera como un gran "enclave de producción agrícola", posteriormente abandonado. (M. de Hoyos. Ver su capítulo en el presente volumen).

Hay que suponer, entonces, que paralelamente al camino incaico que iba a lo largo del valle de Santa María había otro que remontaba el valle del Cajón y que no terminaba en la zona montañosa que se halla en su extremo Norte, sino que lo cruzaba por alguno de los portezuelos ubicados en las cercanías del Nevado de Chuscha, a unos km. al Este de su cumbre. Un indicio de este paso es una construcción descubierta en 1991 por Christian Vitry y otros andinistas de la ciudad de Salta en la cumbre del cercano cerro Pabellón, de alrededor de 4700 metros de altura. Se trata de un ensamblamiento de piedras de forma ovalada, adosado a un gran bloque rocoso; está orientado de Este a Oeste y mide aproximadamente 2 por 1,5 m., por 1,2 m. de altura. No se sabía qué contiene esta construcción en su interior; pensábamos que podía tratarse de una plataforma con alguna función ritual, o con funcionalidad de apacheta, pero también podría contener alguna ofrenda. Al pie del cerro Pabellón hay dos "Lagunas Bravas", que tal vez tengan restos de construcciones en sus cercanías.²

En febrero de 1996, poco después de publicada la versión original de este artículo, tuvimos la satisfacción de participar en una expedición de reconocimiento a la zona del Cerro Pabellón y del Nevado de Chuscha, junto con Antonio Beorchia (CIADAM, San Juan), María Constanza Ceruti (joven antropóloga de Buenos Aires, dedicada en forma intensiva a la arqueología de alta montaña, por entonces con sede en Tilcara), Christian Vitry (presidente del CECOPAM de Salta) y otros. Comprobóse primeramente que la estructura del Cerro Pabellón no contenía nada y que posiblemente se trataba de una construcción moderna. Luego Vitry, Ceruti y el andinista cafayateño Alberto C. Valderrama ascendieron a la cumbre del cerro Chuscha y a varias precumbres. En una de éstas, en forma de meseta, a unos 5175

metros, localizaron una estructura pirrada circular con restos de un pozo en su interior (tapado con nieve), que por diversos indicios puede considerarse con alta probabilidad como el lugar del hallazgo de la llamada "momia de los Quilmes". Con ello quedó solucionado uno de los problemas aludidos en el presente artículo. (Ver informe respectivo en el presente libro).



Croquis de la zona septentrional del valle del Cajón, con ubicación del Nevado del Chuscha. (Según mapa del I.G.M.).

En otra salida al Cerro Bayo (4700 m.), ubicado al Norte del anterior, se encontraron fragmentos de una vasija con típica decoración incaica. Con ello quedaba confirmada la presencia de los cuzqueños en la zona y la existencia de una ruta que comunicaba el Valle del Cajón con el Valle Calchaquí a través del portezuelo del Chuscha. (Ver capítulo respectivo de M.C. Ceruti, en el presente volumen).

El enterratorio citado constituye el indicio más significativo del dominio incaico en la zona. Se trata de un hallazgo que ya fue realizado hace ocho décadas, que tuvo connotaciones legendarias y que se creyó perdido hasta hace poco, en que fue relocalizado en un museo particular de Buenos Aires. Su historia tiene ribetes de “hecho policial de insólita trama”, como dice su redescubridor, el andinista y estudioso ítalo-argentino Antonio Beorchia Nigris, y merece ser resumida aquí. (La tradición oral relacionada con su descubrimiento muestra ciertas variantes, de las que elegimos la que parece más aceptable).

b) Descubrimiento y vicisitudes de la “momia de los Quilmes”.

Hacia 1921 ó 1922, Felipe Carpanchay, pastor de llamas que tenía un “puesto” al pie del Nevado, acertó a pasar al lado de unas “pircas” no lejos de su cumbre, y divisó lo que parecía ser un enterratorio. Bajó a Cafayate y le comunicó la novedad a un minero chileno llamado Juan Fernández Salas. Con él y otro acompañante escalaron el cerro y llegaron al sitio, que se hallaba con nieve y el terreno fuertemente congelado. Para extraer la momia, Fernández realizó un tiro de dinamita, con lo que lograron destaparla. (Milagrosamente, sólo se produjo una rotura en la nariz). Pensando que podría descomponerse, la dejaron una noche a la intemperie (“para que se ventilara”); al día siguiente, pasaron probablemente por el puesto de Carpanchay, y la depositaron en el “real de Tolombón”, nombre de otro puesto o pequeño caserío ubicado algo más abajo dentro del extremo norte del valle del Cajón. (Un anciano informante de Beorchia recordaba que la llamaron “la Reina del Cerro” y que la dueña de casa le encendió velas a su alrededor)³.

No sabemos cuánto tiempo estuvo allí. Pudieron ser varios años ya que en 1924 hacía poco que había pasado a manos de Pedro Mendoza, vecino de Cafayate.



Figura 1. Foto de la "momia de los Quilmes" tomada por A. Sirolli en 1924. (Según Sirolli, 1957).



Figura 2. La momia, tal como se exhibió para la venta. 8.VIII.1985. (Foto gentileza Dr. J. C. Colombano).



Figura 3. Primera exhibición pública de la "momia de los Quilmes" (1991). Vidriera del "Banco Ciudad", Florida y Sarmiento, Buenos Aires. (Foto gentileza Dr. J. C. Colombano).



Figura 4. La momia en el "Museo Chavín de Huantar". (Foto J. S., febrero 1992).



Figura 5. La momia y su ajuar, en el "Museo Chavín de Huantar", fotografiados en 1992 por J. Schobinger.

Nota para las figuras 1, 2 y 3:

Las reproducciones son defectuosas, debido a que lo son las fotografías que nos fueron proporcionadas.
No contando con otras, las incluimos por su valor documental.

Según una referencia, Carpanchay trabajaba para él, por lo que Mendoza logró que se la cediera, obteniendo probablemente una gratificación. (Otra versión dice que se la vendió J. Fernández). En mayo de ese año lo visita el entonces joven estudioso Amadeo R. Sirolli, quien examina el hallazgo y toma un par de fotografías. Curiosamente, no lo da a conocer en forma editada hasta 1977, en que publica un folleto en Salta sobre la que él llama “la Momia de los Quilmes”, por creer que era alguien perteneciente a esta parcialidad diaguita que habitaba la zona.⁴ Nos dice que poco después de su visita apareció un “estudioso extranjero” (?), quien ofreció a su poseedor adquirir todo el conjunto por una elevada suma. Cerrado el trato y desaparecido el supuesto estudioso, el señor Mendoza se encontró con que el cheque con el que le pagaron carecía de fondos... (Versión recogida por Sirolli). Éste trató de dar con el paradero de la momia, infructuosamente. En su relato, dice que los pobladores calchaqueños lloraron su desaparición.

Al darse a conocer la foto de la momia en la publicación de Sirolli -53 años después de su desaparición-, una persona que la había visto en su juventud y que posteriormente había tenido la oportunidad de viajar a los Estados Unidos, Ricardo Liendro, aseguraba haberla visto en una vitrina dedicada a momias andinas del Museo de Ciencias Naturales de Washington, con el rótulo de “mummy of Perú”. Como en tantos otros casos, los dólares habrían logrado apoderarse de un bien cultural sudamericano... Pero en este caso la historia resultó ser muy distinta.

Ahora sabemos por los datos proporcionados por el Dr. Juan Carlos Colombano, que hacia 1930 un herboristero riojano residente en Buenos Aires llamado Perfecto Bustamante la tenía en su poder, y que incluso la exhibía en su negocio. En un folleto publicitario habla de la momia como habiendo sido encontrada en los “Cerros Colorados” de la Puna, lo que es evidentemente un error. ¿Cómo llegó a sus manos el hallazgo? Otra versión es transmitida por el suizo Juan Bühler Yetzer, amigo de Fernández Salas, y recogida por R. Vitry (1988; también en el presente volumen). Además de ratificar que Fernández le vendió la momia a Mendoza (por 100 pesos, según se comentaba en Cafayate), dice que a su vez Bustamante vino personalmente y se la compró por 500 pesos. Que no hubo ningún extranjero estafador ni ningún cheque falso (!). Que Bustamante la llevó a Buenos Aires y la

expuso en su museo particular asociado a la herboristería, en donde Bühler la observó en una ocasión, hacia 1935. Esta versión armoniza con el hecho de que, según Onelli, la momia “estaba en Buenos Aires” cuando publicó un artículo periodístico en octubre de 1924, pocos meses después de su no tan misteriosa desaparición...⁵

Perfecto P. Bustamante, además de herboristero y vendedor de artículos regionales, era escritor. Dos años antes de adquirir la momia, había publicado un libro titulado “Girón de Historia. Leyendas, tradiciones regionales y relatos históricos”. (280 pp. Talleres Gráficos J. Crovetto y M. Carrió. Buenos Aires, 1922). El mismo contiene interesantes datos sobre el valle de Famatina, en donde el autor había nacido. En la página 117 menciona el “Museo particular de antigüedades de la Casa Bustamante de Productos Andinos”, ubicada entonces en calle Arenales 2301. (En la foto de la página 175 se ven numerosos pucos, urnas y conanas). Pocos años después la dirección era Pueyrredón 1371, según el folleto sin fecha en el que Bustamante daba la noticia de la adquisición de la momia y su incorporación a dicho museo.

Otras obras de Bustamante se refieren a la alimentación naturista, a las posibilidades mineras de la región del Famatina, y a un proyecto para trasladar la Capital al Lago Nahuel Huapi (!), siendo también autor de algunas obras de ficción. (Julián Cáceres Freyre ha publicado en 1995 una útil biobibliografía de este inquieto personaje, cuya vida transcurrió desde 1870 a 1932).

Unos años después, fallecido Bustamante, su viuda hizo instalar una cañería de gas en su casa. Este trabajo lo realizó el ingeniero Asbjorn Pedersen en forma gratuita, obteniendo a cambio la momia de la Sierra del Cajón, junto con otros objetos de su colección. Se trataba de un conocido estudioso, quien por entonces ya había comenzado sus trabajos de relevamiento de pinturas rupestres en las Sierras de Córdoba. Sorprende que jamás haya hablado de este valioso conjunto arqueológico, y que por el contrario éste haya quedado por más de 40 años encajonado en el sótano del edificio en donde residía. Sorprende también que a pesar de permanecer en esas condiciones en la húmeda ciudad de Buenos Aires, la momia no se hubiera deteriorado más. (Nuestra explicación es que los pocos años en que estuvo en el Real de Tolombón, ubicado a una altura cercana a los 4.000 m., y en Cafayate, de clima seco, bastaron para que el cadáver congelado quedara suficientemente deshidratado

como para que se lograra esa conservación. Ver capítulo del Dr. C. De Cicco en el presente volumen).

La momia reaparece inesperadamente en 1984, cuando Pedersen, de avanzada edad, decide poner en remate su colección. Lamentablemente, no hay por entonces ley que lo impida, o que otorgue prioridad a los museos oficiales para su adquisición. Al parecer, los especialistas se fastidian, o se desentenden, o se enteran cuando ya toda la colección se ha dispersado, incluso valiosas cerámicas peruanas y una serie de elementos procedentes del Noroeste de Mendoza que algunos años antes habíamos alcanzamos a fotografiar. La momia y sus elementos acompañantes no llamaron la atención en el remate, y el conjunto fue adquirido por la irrisoria suma de 48 dólares por un negocio de antigüedades. La “reina del cerro” corría el riesgo de desaparecer nuevamente. Afortunadamente se enteró el Dr. Colombano, odontólogo y director del Museo “Chavín de Huántar” ubicado en el suburbio bonaerense de Martínez. Logró canjearla por valiosas piezas de su colección, y desde entonces (1985) quedó en el sector de su casa dedicado a museo. Consideramos que con ello Colombano ha realizado una valiosa tarea de rescate arqueológico.⁶

Según una foto, en la época del remate la momia se veía bastante descuidada, sin las plumas y con el pelo en la cara. Colombano la arregló lo mejor que pudo y la colocó en una pequeña vitrina, que quedó en su museo privado junto con los demás elementos que pudieron recuperarse. Así la momia pudo ser observada por quienes, previo aviso, fueran algún fin de semana a visitar la colección (que incluye también hermosas porcelanas y otros elementos). Orgulloso de su “hallazgo”, decide mostrarlo a públicos diversos. Según una lista proporcionada (en carta del 11.X.2002) se trata de:

- Colegio “20 de Junio” de San Isidro. (Agosto 1985).
- Hotel Sheraton, en ocasión del Congreso Internacional de Odontología. (Mediados de 1988). Recibe una nota de felicitación por parte del Colegio de Museólogos.
- Banco Ciudad de Buenos Aires, en vidriera que da a la calle Florida. (Mediados de 1991). (Ocasión en la que es vista por Marcelo Scanu; ver más abajo).

- Museo Histórico “Julio Marc”, de Rosario. (Julio 1992, por un lapso de cuatro meses).
 - Museo Municipal “Emilio Mitre”, de Mar del Plata. (Principios de 1994, por tres meses).
- (El autor la vio en los dos últimos lugares mencionados, y en el segundo dio una charla sobre el tema).
- Ciudad de Pergamino, en donde la momia es declarada “de interés municipal”. (Mayo 1999).

A todo esto, el hallazgo siguió ignorado por los arqueólogos, y los salteños seguían creyendo que la “momia de los Quilmes” había desaparecido...

Por su parte Antonio Beorchia, quien mientras tanto había fundado en San Juan el Centro de Investigaciones Arqueológicas de Alta Montaña (del cual el que escribe es asesor), empeñado a seguir el rastro del singular hallazgo, organizó a mediados de 1984 una expedición al Nevado de Chuscha, con la intención de localizar el probable lugar del enterratorio. (Curiosamente, esto se hacía casi en los mismos días en que se remataba la momia en Buenos Aires). En una explanada situada al pie de la cumbre, a unos 5.400 m.s.n.m. –la misma altura de los enterratorios del Plomo y del Aconcagua– encontró dos recintos pircados, muy derruidos, de forma aproximadamente circular, con trozos de leña antigua en su interior. Pero no es de aquí de donde se extrajo la momia.⁷ Posteriormente (en 1992 y 1993) realiza otras dos expediciones, relatadas en detalle en sendos artículos periodísticos, y que en forma resumida se publican en este volumen.

Aquí llegamos nuevamente al comienzo, es decir al redescubrimiento, que también estuvo rodeado de circunstancias curiosas. El estudiante de geología Marcelo Scanu (colaborador del CIADAM y acompañante de Beorchia en varias expediciones), caminando un día de 1991 por la calle Florida de Buenos Aires ve por casualidad la momia en la vidriera de un banco (Corresponde a una de las muestras listadas más arriba). Recordando la foto publicada por Sirolli, supone que es la misma, pero sólo logra averiguar que pertenece al Museo “Chavín de Huántar”. Avisado Beorchia, éste logra dar con el dueño del museo, para lo cual obtiene la ayuda del investigador folklorista riojano Julián Cáceres Freyre, quien le envía una

reproducción del folleto de Bustamante y le informa sobre el remate de la pieza. Acompañado de Scanu y de otro andinista, en octubre de 1991 visita el mencionado museo y toma fotos publicadas luego en un artículo sobre el tema (“Diario de Cuyo” de San Juan del 24.XI.1991). Pocos meses después (en febrero 1992) también lo visita el que suscribe, examinando y documentando los hallazgos. Comparando nuestras observaciones con la única foto de detalle conocida de la momia (publicada en 1977 por Siroli y reproducida en el libro de Beorchia Nigris, 1987), a lo que se agrega otra foto más pequeña del folleto de Bustamante, ambos llegamos entonces a la misma conclusión: se trata sin ninguna duda del hallazgo efectuado siete décadas antes por el puestero Felipe Carpanchay. Y además, que se trata de uno de los raros sacrificios humanos efectuados por los Incas en sitios de alta montaña en los Andes centro-meridionales. Esto último, por sus vestimentas y ajuar acompañante, y por el sitio mismo en que se realizó el hallazgo.

Por entonces, el autor estaba avanzando en la investigación multidisciplinaria de la “momia del Aconcagua”, y naturalmente pensó en la posibilidad de organizar un estudio similar para la “de los Quilmes”. Pero diversos factores conspiraron contra ello (falta de tiempo y de fondos, distancia desde Mendoza, entre otros). De cualquier modo, en ese año se dedicó a rastrear todos los datos posibles sobre el tema, que se volcaron en un artículo publicado con algún retraso (en 1995) en el volumen 8 de la revista cordobesa “Comechingonia”. (El mismo, algo actualizado, fue reproducido en el tomo 6 de la Revista del CIADAM, 1999, y constituye la base para el presente capítulo).

En algunas de sus idas a Buenos Aires el autor ubicó y conversó con el señor Manuel Pifeiro, dueño del negocio de antigüedades de San Telmo que había adquirido la momia en el discutido remate y que luego había realizado el canje con Colombano. Se recorrió la zona de Pueyrredón y Santa Fe, observándose que el número 1371 correspondía a un local abandonado que había estado ocupado por un restaurante. (O sea, que la “Casa Bustamante” había desaparecido mucho antes sin dejar rastro...).

Hacia mediados de 1994 el autor dio, por invitación del Dr. Colombano y en un aula del Hospital de Odontología de la Ciudad de Buenos Aires, una presentación

de los resultados preliminares de esta investigación. Tuvo el auspicio de la Sociedad Argentina de Antropología, y asistieron varios colegas y estudiantes.

Otras actividades de estos años fueron: Nueva documentación de la momia y de su ajuar en ocasión de su exposición en el Museo Histórico “Julio Marc” de Rosario (agosto 1992). En 1997, conferencia para todo público sobre la arqueología de alta montaña, con mención especial de la momia del Nevado de Chuscha, en la Casa de Mendoza de Buenos Aires. En otras oportunidades también se habló del tema, incluso en la ciudad de Salta.

Por su parte, el ajuar fue documentado por Clara Abal de Russo en un viaje a Buenos Aires realizado en noviembre de 1992. En 1997 María Constanza Ceruti – futura colaboradora en esta investigación– tuvo oportunidad de visitar el Museo “Chavín de Huántar” y observar el hallazgo. La momia también fue observada por el Dr. Carlos De Cicco en enero de 1999.

Finalmente, a fines de 2001 se produce el contacto con el Dr. Matteo Goretti, de lo cual hablamos en el siguiente capítulo.

c) Descripción sumaria del conjunto funerario del Nevado de Chuscha o del Cajón.

Nos basaremos en lo visible actualmente, pero agregando referencias antiguas para tratar de reconstruir el estado inicial del hallazgo. (Esto constituye un listado preliminar, de acuerdo con lo visto en 1992. Referencias más exactas se hallan en los capítulos de Mazziotti et al. para el cuerpo, y de C. Abal para el ajuar).

El individuo: Es de sexo femenino, como ya lo confirmara el Dr. Colombano. Se lo ve de tamaño muy reducido, lo cual ha de deberse a su extremo desecamiento. La posición es la clásica de cuclillas, pero inclinada hacia un lado, con lo cual da la impresión de tener el mayor apoyo en las rodillas y en los pies. El color de la piel es marrón rojizo oscuro. El cráneo no parece muy deteriorado. En la frente y sobre la mejilla izquierda hay unas oquedades cuyo origen hay que determinar.⁸ La boca está abierta, en lo que difiere a las demás momias de altura pero se parece a lo que suele darse en las momias desecadas de la costa del Perú. Faltan los incisivos, que aún estaban cuando Sirolli hizo sus observaciones. Los ojos, casi cerrados, se ven

bastante rasgados. El hueco de la nariz –rota por el tiro de dinamita– se destaca bastante. El cabello presenta decenas de finísimas trenzas, que con algunos deterioros se han mantenido a través del tiempo y de las vicisitudes. (Son iguales a las trencitas del niño del Cerro El Plomo de Chile). Curiosamente, tanto Sirolli como Colombano le atribuyeron una edad entre 20 y 25 años, tal vez por la apariencia algo “adulta” del cráneo. (Los estudios biomédicos que se publican en este volumen han reducido la cifra a 8/9 años).

Un detalle sobre el que nos llamó la atención el Dr. Colombano es una perforación de aproximadamente un centímetro de diámetro en la parte central de la espalda, debajo del omóplato derecho. ¿Efecto de un lanzazo? Este modo de efectuar los sacrificios no está mencionado por los cronistas. (Esto fue luego confirmado por las observaciones médico-tanatológicas).

Vestimenta: Cubre el cuerpo una prenda de lana de camélido: se trata de una túnica o uncu formada por dos partes: una superior color marrón lacre (en donde se halla la abertura para pasar la cabeza), y una inferior con decoración ajedrezada, alternándose cuadrados blancos con otros negros y castaños oscuros. Presenta numerosas roturas. En la cabeza hay un conjunto formado por una base de tela (con adorno en franjas paralelas) que cubre a modo de capacete la parte superior; su borde está sujetado por una vincha que muestra finos bordados geométricos, de cuyo costado izquierdo pende una plaquita rectangular de 5,5 cm. de largo, recortada en valva de molusco blanca, atada a la vincha mediante dos pequeñas perforaciones.⁹ El tercer elemento es un penacho formado por plumas amarillas y rojizas sujetadas por la vincha. (Nos hizo recordar de inmediato al penacho de la momia del Aconcagua). Las plumas son sin duda de loro o guacamayo provenientes de los faldeos orientales boscosos del Imperio. Su deterioro es escaso si se tiene en cuenta las vicisitudes sufridas por el hallazgo. (En la foto de Sirolli se observa otro manojo de plumas, separado de la cabeza).

Originalmente pendía del cuello, según Sirolli, “un collar armoniosamente entrelazado con cuentas verdes de malaquita, azules de lapislázuli, parduscas de ónice, y rojas de rodocrosita, que pendía de su cuello desnudo, tenso” (Beorchia, 1987, p. 41, en donde se halla transcripta la descripción de la momia por parte de

aquél). En cambio, hoy día hay un collar formado por piedras blancas y rojizas claras, de cuyo centro pende una pieza metálica en forma de depilador. Esta discrepancia hace pensar en la probabilidad (como lo admitía también Colombano) de que no se trata del elemento original, que habría que dar por perdido. El desaparecido collar de piedras multicolores representa un claro paralelismo con el que encontramos en el cuello de la momia del Aconcagua (Schobinger, 1998; Bárcena, 2001).

Como veremos, C. Abal considera en cambio que el collar que posee actualmente podría ser parte del original. En este caso, habría que considerar a la descripción de Sirolli como poco exacta.

Continúa diciendo Sirolli: “Asimismo, pendientes del cuello, llevaba dos bolsitas tejidas –denominadas “chuspas” en el Noroeste Argentino– dentro de las cuales halláronse restos de hojas de coca pulverizadas y trozos de peines primitivos manufacturados con espinas de cactus entrelazadas con hilo trenzado de lana de llama. A la altura del pecho llevaba tres topus (prendedores) de plata ya ennegrecida de suyo por la acción ineludible de los años y el hielo de aquellas cumbres preandinas” (Beorchia, 1987, p. 41). Actualmente los topus (largos alfileres con un delgado disco en su extremo superior) han desaparecido, y de las chuspas queda una sola, de tamaño bastante pequeño. Presenta la frecuente decoración en franjas verticales, de color marrón y ocre, terminado en su borde inferior por una franja con hilachas. Curiosamente, Sirolli omite mencionar una hermosa faja de lana –hoy día algo deteriorada– con decoración geométrica en forma de series romboidales. Predominan también aquí los tonos marrones y rojizos. Su apariencia es muy similar a las fajas halladas en el enterratorio incaico del Co. Esmeralda, cerca de Iquique, excepcional santuario “de baja montaña” (Beorchia, 1987, p. 8, figura en Sección Documental Zona B). A pesar de esa omisión, el carácter incaico de la faja hace probable que efectivamente corresponda a la vestimenta de la “Reina del Cerro”.¹⁰

Ajuar acompañante: Aquí hay algunas discrepancias con respecto a los datos de la época del descubrimiento. Ya vimos que los topus de la vestimenta desaparecieron, y lo mismo sucedió con otros objetos metálicos. Al respecto nos dice el otro testigo de aquella época, Ricardo Liendro, que en el momento de su exhumación, la momia estaba “adornada con piezas de oro y plata, collares,

brazaletes, aros, etc., además de pucos y algunos juguetes de metales y de arcilla. La mayoría de las piezas de oro y plata fueron sacadas, y con ellas se quedaron los hombres que estuvieron en estos menesteres". (Beorchia, 1987, p. 45). Liendro recibió estos datos del hijo de F. Carpanchay. Lo que los paisanos llamaron "juguetes" eran sin duda estatuillas humanas y llamitas, del tipo que acompañaban a los enterratorios "clásicos" del Pichu-Pichu en el Sur del Perú, Aconcagua en el Oeste de Argentina y El Plomo en el centro de Chile.¹¹

Coincidiendo con la lista de Sirolli, se hallan tres pequeños peines, dos de espinas de cactus en doble hilera sostenidos por un cuerpo central, y uno recortado finamente en madera. También hay dos pucos (escudillas), no mencionados por dicho autor pero sí por Liendro. Son más bien pequeños (unos 15 cm. de diámetro). Uno es de cerámica y presentan el típico color rojo de los platos incaicos, aunque en este caso no presentan la saliencia típica en forma de cabeza de pato. El otro está finamente confeccionado en cestería. (En la foto de Sirolli aparece la parte superior de dos cantaritos, que, si realmente formaban parte del conjunto, han desaparecido). Finalmente, hay un grupo de 28 caracolillos blancos, perforados, que seguramente formaban un collar. No es mencionado por los autores citados, y tenemos dudas en cuanto a su pertenencia al ajuar.

Caso aparte es el de un enorme y pesado disco de metal que, según quienes cedieron el conjunto al Dr. Colombano, también formaba parte del mismo. Su diámetro es de 60 cm. y pesa 33 kg. Existe un detallado análisis efectuado en 1953; según el mismo, la pieza se compone de un 95,95 % de cobre y sólo de 0,85 % de estaño, habiendo también plomo (0,97 %) y trazas de otros metales, como también un 1,73 % de azufre.¹² Desgraciadamente, se recortó un trozo bastante grande del disco para enviarlo como muestra para efectuar el análisis. Se dice que la momia estaba sentada sobre el mismo en el momento de su exhumación. Beorchia lo da como cierto y supone que se trata de un "punchao", símbolo solar que, confeccionado generalmente de oro, estaba en los principales templos incaicos. Sin embargo el caso plantea serias dudas. Tal como sucede con el collar, la pieza pudo haber sido agregada. Si bien es arqueológica, no necesariamente es incaica, y hace recordar a los discos de bronce de la cultura santamariana, aunque en este caso carezca de

decoración. ¿Cómo explicar la omisión de una pieza tan grande y pesada por parte del propio excavador Fernández, en sus conversaciones transmitidas por Bühler, y en las referencias tanto de Sirolli como de Liendro? Y aún: ¿que no la recuerden los paisanos que colaboraron en el descenso de los materiales y posterior transporte a Cafayate? Algo metálico y tan trabajoso de acarrear debería haber quedado en la tradición oral lugareña. A ello se agrega que se trataría de un hallazgo absolutamente insólito para toda la arqueología de alta montaña. Por todo lo dicho, personalmente opinamos que este disco no forma parte del ajuar del enterratorio hallado en las inmediaciones de la cumbre del Co. Chuscha.

Es verdad que el disco ya vino con la momia y demás elementos en el envío hecho de Cafayate a Buenos Aires, ya que lo menciona Onelli en su artículo de 1924 y luego Bustamante en su folleto sin fecha. Pero mientras el primero dice que los supuestos indígenas de origen peruano lo “encontraron a poca distancia del túmulo funerario”, el segundo dice que la “princesa incaica” fue descubierta sentada sobre el disco, hecho supuestamente en aleación de oro, plata y cobre... Sabiendo que Mendoza, aunque dueño de una tropa de carros, también comerciaba habitualmente con piezas arqueológicas, podríamos suponer que le agregó al ajuar otra pieza de su colección, el disco procedente tal vez de algún sitio santamariano-inca. (Esto seguramente ayudó a que Bustamante pagara la entonces alta suma de 500 pesos).¹³

Lo dicho implicaría una cierta deshonestidad por parte del señor Brizuela Mendoza, sugerida también por el hecho de haberle dicho a Sirolli que él mismo (junto con “un chileno”) había extraído la momia. Puede pensarse entonces que también engañó a Bustamante en lo referente al lugar del hallazgo (“Co. Colorado”), tal vez para evitar aparecer como vendiendo un importante patrimonio local. (Según una referencia de Sirolli, un grupo de pobladores de la Sierra del Cajón le reprochó esa extracción y pretendió que la devolviera al cerro, pero para entonces la pieza ya no estaba en Cafayate). Quién sabe si la historia del cheque sin fondos no fue también un invento del señor Mendoza...

* * *

Decíamos hace diez años: “Corresponde ahora encarar el estudio en detalle de los materiales culturales, aplicarles adecuadas técnicas de conservación, y analizar

en lo que se pueda aspectos médico-biológicos del cuerpo naturalmente momificado. Con la experiencia adquirida con las momias del Toro y del Aconcagua, creemos estar en condiciones de encarar la organización de estos trabajos. También habría que continuar explorando las serranías en las que se realizó el hallazgo. Tal vez una nueva expedición andinística al Nevado de Chuscha logre dar con el sitio exacto de su extracción, y recuperar algunos materiales que fueron pasados por alto por quienes realizaron el hallazgo inicial. Y también comprobar la existencia de un segundo lugar de ofrendas y eventualmente enterratorio, cien metros más abajo, según el testimonio de Juan Bühler, citado en nota 7". (Schobinger, 1995, pp. 59-60).

La espera ha sido un tanto larga, pero afortunadamente ahora podemos decir que esos propósitos han podido cumplirse, y sus resultados se hallan volcados en el presente libro.

Notas

1. Debemos a Federico Kirbus los datos y muestras de fotos aéreas de esta zona, hasta hace poco casi inaccesible por falta de caminos carreteros, por lo que tampoco se habían realizado trabajos arqueológicos en la misma. Según cálculos de Kirbus, el área arqueológica de la zona central del valle del Cajón (Guasamayo / La Hoyada), inclusive los andenes de cultivo, abarca por lo menos 1440 hectáreas, lo que la convertiría en el yacimiento arqueológico más extenso del Noroeste argentino (Kirbus, 1982, p. 62).
2. El informe sobre la expedición al Co. Pabellón se publicó en el diario "Eco del Norte", Segunda Sección, Salta, 10.V.1991. Las apachetas corresponden a una antigua tradición andina. (Ver comentario a su respecto en el capítulo de A. Beorchia dedicado a este tema).
3. Otra versión dice que el descubridor fue un calchaqueño llamado Fermín Marín, y que el sitio se hallaba sobre un barranco en proceso de erosión. También se dice que la momia fue excavada por Pedro Mendoza, acompañado de un chileno (¿Juan Fernández?). Estos datos fueron recogidos por el profesor Sirolli 20 años después de su visita en 1924 (ver texto más abajo), y nos parecen menos fidedignos que la versión que damos aquí. Otro

autor, Clemente Onelli, habla de un “pequeño promontorio artificial”, es decir una especie de túmulo, muy cementado por el hielo, y que los “indígenas” (?) descubridores abrieron mediante tiros de dinamita. No sabemos de dónde obtuvo Onelli (supuestamente un estudioso serio) la versión de que fueron los descendientes de un grupo de indígenas andinos inmigrados desde Perú en 1874 quienes, buscando un “tapado” del que les hablaba su tradición, hallaron la momia de lo que creían era un curaca incaico. Además, el hallazgo se habría efectuado en el Co. Colorado de la entonces Gobernación de Los Andes. En su folleto sin fecha, Bustamante también da ese lugar de hallazgo. Consultando mapas, vemos que efectivamente hay un “Cerro Colorados” de 6.049 m.s.n.m. al Oeste de Antofagasta de la Sierra, limitrofe con Chile. (Pero también hay un “Alto de los Colorados” que parte desde ese cerro hacia el Noreste, y aún más hacia el Noreste un “Cordón de Colorados” ubicado al Este del Salar de Pocitos). Por un momento surgió la duda de si tal vez hubo dos momias de altura, habiendo desaparecido una de ellas y confundiéndose los datos de ambas. (Sólo Onelli y Bustamante hablan del disco de cobre, ignorado por los calchaqueños). Consultando ahora el mapa del alto valle del Cajón, vemos lo que parecería ser la explicación más lógica para que aparezca ese nombre en algún relato del hallazgo. La serranía que corre de N.E. a S.W. al oeste de la parte más alta del valle se denomina “del Cajón”; hacia su sector medio hay un “Pico Colorado” de unos 4.450 m. de altura. Alguno de los informantes pudo haber dado este dato erróneo, si es que no lo inventó el mismo “Pedro” Mendoza. (El mapa llama al sector septentrional de esa serranía – que culmina en el cerro Chuscha – “Nevado de Catreal”).

4. Sirolli, 1977. Parte esencial del texto reproducido en el libro de Beorchia, 1987 (pp. 40-41), y más ampliamente en el tomo 4 de la Revista del CIADAM, pp. 14-15, San Juan, 1980. (El folleto de Sirolli es muy difícil de encontrar).
5. Aún otra versión, mencionada por Colombano, habla de que estos “mineros bolivianos” habrían cedido, o vendido, la momia a unos andinistas alemanes. Cómo habría llegado luego a manos de Bustamante no se sabe. Por su parte la señora Clemira Brizuela Mendoza, hija de Pedro (que en realidad se llamaba Luis Ignacio Brizuela Mendoza), entrevistada por Roberto Vitry hace unos años, decía que algunos años después de la cesión de la momia a su padre

(después de su descubrimiento por Felipe Carpanchay), “recibió la visita de un investigador de temas indígenas radicado en Buenos Aires, quien solicitó a mi padre le facilitara la mencionada momia para ser expuesta en la Capital Federal. Habiendo accedido mi padre a tal pedido, supimos que era exhibida en una vidriera en avenida Santa Fe, entre Junín y Uruburu. Al mismo tiempo y ante gestiones para que se restituyera la momia a Cafayate, la misma desapareció y nunca, desde entonces, supimos su paradero” (R. Vitry, 1992. Ver en el presente volumen). La dirección mencionada se ubica a pocas cuadras de Pueyrredón casi esquina Santa Fe, en donde estaba la casa de Bustamante. ¿Pudo haberse confundido la señora, después de tantos años? Más datos y testimonios obtenemos, mayor es la confusión. ¿Qué pensar de tantas versiones y fantasías?... Pero éstas no terminan con lo dicho. Curiosamente, el mismo Bustamante aumenta la confusión al decir, en la pág. 92 de su libro u opúsculo “Productos andinos” (sin fecha, probablemente alrededor de 1928), que la momia “fue encontrada en “Incapisco” (Cinco Cruces), límite de Catamarca con Los Andes. Un antiguo puesto de cabras y un anciano que conocía un monumento sobre la altura cordillerana, siempre cubierta de nieve... y un monumento como una bóveda guardada por las nieves eternas que nadie intentó jamás descubrir... Un minero consiguió que el viejo le permitiera destapar aquello que debía ser un monumento de la “Reina perdida” o “tapao”. El minero practicó un taladro en ese duro conglomerado y abrió la bóveda con el explosivo que desperfeccionó el rostro de la Princesa Incaica, momificada, intacta, que fue ocultada allí para siempre,... para que dure allí mientras durara el mundo. La leyenda hablaba de una “Reina perdida”, y debe ser ésta”.

¿Por qué, después de haber dicho, en su folleto de fines de 1924, que la momia fue hallada “en el centro montañoso del Territorio de Los Andes, Cerros Los Colorados, Valle de la Reina”, pasa a decir que se trató del cerro “Incapisco” o Cinco Cruces? (Ver el capítulo “Toponimia y Folclore...” de C. Ceruti, nota 2, en el presente volumen). El “anciano” mencionado podría ser Felipe Carpanchay, y el “minero” sería J. Fernández Salas; pero lo que sigue es insólito: “Fue vendida a un arriero en 1921, por \$ 300, y el arriero la vendió a un hotelero de Salta, quien la ocultó para llevarla a Buenos Aires, y allí en el Hotel de Roma permaneció oculta con la especulación de exhibirla

cobrando la entrada; allí se apolilló el género que es de alpaca, y fue comprada al fin por el Museo de la “Casa Bustamante”..., donde se encuentra en permanente exhibición al público como un testimonio de nuestro pasado esplendoroso, de otra civilización mejor, más noble y más grande que nuestra civilización presente corrompida”. (P. Bustamante, loc. cit.).
 ¿Encadenamiento de fantasías? ¿Mentiras piadosas? ¿O es que hubo dos momias?...

6. J. Cáceres Freyre nos dá algunos detalles más de toda esta historia. En su artículo citado relata que en su adolescencia, a comienzos de la década del 30, vivía con su familia en las cercanías de la esquina de Santa Fe y Pueyrredón; que conoció a la “Casa Bustamante” con sus productos de medicina natural y su “museo” de antigüedades y piezas folklóricas. Sigue diciendo que, algún tiempo después del fallecimiento del señor Bustamante en 1932, “tuve curiosidad por saber qué había sido del museo con las colecciones. Localicé a su segunda esposa, la que, aparentemente, no supo darme razón de ello. Entretanto, a las colecciones se las había tragado la tierra, como un *tapado* del Famatina.

“Pasaron los años y nunca ví resto alguno de la misma en remates o casas de antigüedades de Buenos Aires, hasta que, en 1985, un amigo, el ingeniero Asbjorn Pedersen, arqueólogo y coleccionista, que desde que arribó de su Noruega natal se dedicó con entusiasmo y seriedad al estudio de las culturas prehispánicas, me pidió que le viera una colección que tenía desde hacía mucho tiempo en el sótano de su casa, ya que la quería enviar a remate (como estaba haciendo con todas sus pertenencias), pues era ya de mucha edad y se encontraba delicado de salud. Cuando la fui a ver, de inmediato advertí que se trataba de la colección Bustamante. Al interrogarlo acerca de dónde había obtenido esa colección, me contó que en tiempos en que tenía la empresa “Gas Service”, por los años cuarenta, una cliente le había canjeado la misma por la instalación de una cocina, heladera y calefón. Se trataba indudablemente de la viuda de Bustamante.

“Así fue como el 9 de agosto de 1985, se remató la colección en la Casa Posadas de la ciudad de Buenos Aires”. (Cáceres Freyre, 1995, p. 54).

En descargo de la actitud de Pedersen, cabe decir que, por consejo de Cáceres Freyre, ofreció su colección al Instituto Nacional de Antropología

(para su “Museo Nacional del Hombre”), “pero la falta de fondos de las instituciones oficiales hicieron imposible la compra y él no estaba en condiciones de poder donarla. Su esposa había fallecido y él se encontraba absolutamente solo, bastante delicado de salud y con apremios económicos”. (J. Cáceres Freyre, 1995, p. 56).

7. Beorchia, 1987, p. 44; foto del sitio y plano de las construcciones en la Sección Documental, Zona D. También Beorchia, 1984. Cabe agregar que ya en 1929 se hizo un intento para relocalizar el sitio y buscar otros supuestos tesoros en las cercanías. Relata el suizo J. Bühler que con Fernández Salas hicieron ese año dos ascensiones, una exploratoria en donde éste le “mostró la pirca de donde extrajo la momia”, y otra en donde excavaron un sitio situado a unos 100 m. más abajo, supuestamente una segunda sepultura aún intacta. “Cavamos un agujero en el centro de la sepultura y llegamos a descubrir unas lajas. Eran cuatro piedras canteadas que se unían en el centro. Trabajamos mucho, con grandes dificultades y apurados por el tiempo. Se hizo tarde y decidimos volver al día siguiente para colocar dinamita y saber qué había adentro” (!). (R. Vitry, 1988, y el presente volumen). Pero un fuerte temporal los obligó a regresar; Fernández había quedado “suchu” (con principio de congelamiento en los pies) y hubo que bajarlo trabajosamente. Por dos años más anduvieron por el Nevado del Cajón, “intentando arrancarle sus secretos”, hasta desistir, abandonando incluso las herramientas que quedaron en un pozo en la zona de la cumbre, cubiertas por el hielo. ¿Fue efecto del enojo de Coquena, el ancestral dios de los rebaños altiplánicos?
8. No se ven en la foto publicada por Sirolli, por lo que probablemente sean efecto de presiones o golpes recibidos después de su alejamiento de Cafayate.
9. Esta pieza, hecha en valva *Spondylus* (como muchas estatuillas incaicas), no fue mencionada por Sirolli, pero sí por Clemente Onelli en su citada nota periodística en 1924: “...una diadema de plumas vistosas, afirmadas con un broche hecho de un molusco del Pacífico, signo de su alta jerarquía”.
10. Pensamos en la posibilidad de que, por un descuido, Sirolli haya hablado de dos chuspas, cuando en realidad se trataba de una chuspa y de una faja, tal como se ve hoy día. El testimonio de Liendro habla de que, sobre un costado, la mujer “lucía una hermosa chuspa donde hallaron coca y otras yerbas”, sin

hablar de otra. (Beorchia, 1987, p. 45). También Bustamante habla en su prospecto de “una bolsita de tela”. (Lamentablemente, hoy día –año 2002– la faja ha desaparecido).

11. Las estatuillas suelen ser lo que más llama la atención de los excavadores no científicos, y lo primero que se suelen guardar en los bolsillos. (Lo mismo sucedió con las del Co. Esmeralda y con algunas del Co. El Plomo). Hacia 1935 los tupus aún se hallaban colocados en la vestimenta de la momia. En una conversación sostenida en 1988, Juan Bühler –entonces de 80 años– recuerda que cuando en aquel año visitó a Bustamante en Buenos Aires, tenía las vestimentas sujetadas “con unas trabas de plata”, habiendo también “una cuchara del mismo metal achatada y con la parte del mango en punta hacia el poncho o túnica” (R. Vitry, 1988).
12. Chemisch-Metallurgisches Laboratorium, George Beetz, Berlin-Tempelhof. Attest: 2. Juli 1953. Para Josef Pitloun, Representante, Buenos Aires. (Análisis en poder del Dr. Colombano).
13. Como si no bastaran tantos problemas asociados a la “Momia de los Quilmes”, mencionemos todavía que cuando se vendió el conjunto, formaban parte del ajuar dos “macuquinas” (monedas de plata de la época colonial, acuñadas en Potosí a fines del siglo XVII). Cómo llegaron a infiltrarse allí, nadie lo sabe. Dado el claro contexto prehispánico del hallazgo, también aquí habría que sospechar la existencia de un fraude. Lo cierto es que ningún autor ni tradición oral lugareña las menciona. (Estas dos monedas quedaron en poder de los anticuarios que en su momento efectuaron la adquisición en el remate).

BIBLIOGRAFÍA

- Bárcena, J. Roberto.** 2001. *El collar de la momia del cerro Aconcagua*. En J. Schobinger (compilador): "El santuario incaico del cerro Aconcagua", pp. 302-331. EDIUNC, Mendoza.
- Beorchia Nigris, Antonio.** 1984. *A la búsqueda de la "Reina del Cerro"*. En "Diario de Cuyo", San Juan, 19 de agosto de 1984.
- 1987. *El enigma de los santuarios indígenas de alta montaña*. Centro de Investigaciones Arqueológicas de Alta Montaña, Publicación N° 5, 414 pp. San Juan.
 - 1991. *La "Reina del Cerro": una historia con final*. En "Diario de Cuyo", San Juan, 24 de noviembre 1991.
 - 1997. *Siguiendo los rastros de la Reina del Cerro*. En "Pyrenaica", N° 188, pp. 348-353. Bilbao.
- Cáceres Freyre, Julián.** 1995. *Bio-Bibliografía de Perfecto Paciente Bustamante (1870-1932), escritor, coleccionista y precursor del Folklore de la provincia de La Rioja*. En Boletín del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, N° 18, pp. 47-66. Buenos Aires.
- Casa Bustamante, Museo Argentino.** *Adquisición extraordinaria para el museo de la casa: Momia de una princesa incaica prehistórica*. (Prospecto, sin fecha, probablemente de fines de 1924). Buenos Aires.
- Ceruti, María Constanza y Vitry, Christian.** 1996. *Informes sobre las exploraciones arqueológicas en los cerros Chuscha, Pabellón y Bayo*. (MS).
- Hoyos, María de.** 1995. *La Hoyada, un enclave de producción agrícola en el Valle del Cajón, Prov. de Catamarca*. 18 pp. y 4 láminas. (MS).
- Kirbus, Federico B.** 1982. *Guía de Turismo y Aventuras*. Edición del autor. 127 pp. Buenos Aires. (Hay varias reimpressiones).
- Onelli, Clemente.** 1924. *Fue hallada una momia en el Territorio de los Andes*. *Revista gran interés*. En diario "La Nación", 3 de octubre 1924. Buenos Aires.
- Sirolli, Amadeo Rodolfo.** 1977. *La Momia de los Quilmes*. Sociedad Científica del Noroeste Argentino. (Texto de una conferencia pronunciada en 1953). Salta.
- 1980. *La Momia de los Quilmes*. En "Revista del CIADAM", t. 4, pp.14-16. San Juan. (Con comentario por Antonio Beorchia Nigris).
- Schobinger, Juan (ed.).** *La Momia del Co. El Toro*. Investigaciones arqueológicas en la Cordillera de la provincia de San Juan. 220 pp. Mendoza, 1966.

- *La red de santuarios de alta montaña en el Contisuyo y el Collasuyo: evaluación general, problemas interpretativos.* En "El Imperio Inka. Actualización y perspectivas por registros arqueológicos y etnohistóricos". Revista Comechingonia, Volumen Especial. Córdoba, 1986.
 - 1988. *Una nuova "mummia" di alta montagna.* En "L'Umana Aventura", Estate-Autunno 1988, pp. 70-83. Editoriale Jaca Book, Milán. (Hay Edición francesa).
 - 1995. *Aconcagua, un enterratorio incaico a 5300 metros.* 48 pp. Mendoza.
 - 2001. *El santuario incaico del Cerro Aconcagua.* (J. Schobinger, compilador). EDIUNC, Mendoza.
- Vitry, Roberto G..** 1988. *Los buscadores de tesoros: la cofradía del misterio.* En Revista "El Tribuno", Salta, 29 de mayo 1988.
- 1992. *La momia del Cajón: fin de la incógnita en Cafayate.* En Revista "El Tribuno", Salta, 5 de enero 1992.